

# Historia de las ideas contemporáneas

## *Una lectura del proceso de secularización*

FAZIO FERNÁNDEZ, Mariano. Rialp, Madrid, 2006.

por Bárbara Díaz

Mariano Fazio es Profesor Ordinario de Historia de las Doctrinas Políticas en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma) y actual Rector de dicha Universidad. El libro, cuya versión original es italiana, fue pensado como un manual para estudiantes universitarios de comunicación. La versión española, si bien mantiene sus características de manual, apunta a un público más amplio.

El autor parte de una visión cristiana del hombre, de la historia y de la sociedad, y su centro de atención es la cultura occidental. Su planteamiento general no se reduce a las ideas políticas, sino que toma en cuenta hechos diversos de naturaleza científica, filosófica, literaria, de las artes plásticas, ampliando así el horizonte de comprensión de las distintas épocas.

Sin duda, el aspecto más destacable de la obra es su hilo conductor: el “proceso de secularización que se verifica en la Modernidad” (16). En dicho proceso, Fazio reconoce dos vertientes:

- Secularización como una afirmación de la autonomía radical del hombre.
- Secularidad, entendida como “autonomía relativa de lo temporal sin perder el horizonte trascendente” (16).

Para el abordaje de ambos procesos, se divide el libro en cuatro partes:

- Las raíces de la Modernidad
- La modernidad ideológica
- La crisis de la cultura de la modernidad
- La iglesia católica y el mundo contemporáneo

En la primera parte trata principalmente del proceso de creciente autonomía del orden temporal respecto al orden religioso a partir de la crisis del Medioevo. Realiza una aguda crítica a la noción de “Cristiandad”, como forma político-religiosa de la Edad Media. La Cristiandad permitió dar respuesta al sentido de la existencia humana con un conjunto de verdades acerca de Dios y el hombre

y su destino eterno pero, por otro lado, propició la confusión de los órdenes natural y sobrenatural, y con ello llevó a una peligrosa identificación de lo religioso con lo político (23).

En la apertura de la Modernidad, el autor presenta a Francisco de Vitoria, iniciador de la Escuela de Salamanca, que busca superar la teocracia medieval y establecer una adecuada distinción entre el orden político y el religioso; su escrito más conocido, la *Relectio de Indis*, es para Fazio “una de las puertas por las que se pasa del mundo medieval al mundo moderno” (38).

La Modernidad, sin embargo es generalmente entendida como autonomía de la razón humana frente a los dictados de los dogmas o de la tradición, y como ruptura de ataduras que impiden al individuo la expresión radical de su libertad. Durante la época Moderna esa concepción va ganando terreno, desde la Reforma protestante, y su principio subjetivista de acercamiento a la fe, pasando por las ideas políticas de Hobbes y Locke, de la Ilustración y la revolución Francesa, el liberalismo, el nacionalismo, hasta las versiones posmodernas. La segunda parte del libro desarrolla este proceso intelectual.

La otra línea, mientras tanto, permanece como en la sombra después del agotamiento del ciclo

salmantino. En la obra de Fazio la volvemos a encontrar al tratar sobre el origen de los EE.UU. destacando la fundación de un orden civil pluralista en el que se respeta la libertad religiosa con una adecuada distinción entre ambas esferas. (cfr. 221-2). También el francés Tocqueville, admirador de la democracia estadounidense, está en esta línea. En efecto, para él, “la libertad política y la capacidad innovadora del individuo estaban unidas fontalmente a la religión cristiana, a aquella fe que en América [EE.UU.] había encontrado tan comprometida y socialmente fecunda. Tocqueville, por lo tanto, invertía la relación de la Ilustración entre religión y progreso: sin una cosmovisión trascendente, que libere al hombre de la estrechez de la vida terrena, no habrá auténtico progreso de la libertad, sino un crecimiento del conformismo y de la uniformización pasiva de la sociedad civil” (176-7)

La tercera parte del libro trata de la crisis de la Modernidad en el período posterior a la primera Guerra Mundial. En ese período, junto con una visión del hombre que llega al absurdo y al nihilismo, Fazio destaca el desarrollo de un movimiento intelectual de inspiración cristiana que “partiendo de la conciencia de la causa de la crisis de la cultura de la Modernidad —una concepción antropológica

reductiva—, [trata] de salir de la crisis con propuestas antropológicas que devuelvan la dignidad a la persona humana”. Así, este grupo de pensadores, “sin renegar de la subjetividad, subraya que el hombre es criatura, que goza de una autonomía relativa, y que está necesitada de la comunicación interpersonal, tanto con los otros hombres como con Dios” (304). A través del estudio del neotomismo, del personalismo o del existencialismo de Marcel el autor busca poner de relieve cómo estos cristianos del siglo XX van tomando las ideas fecundas de la Modernidad sin aceptar la cerrazón del hombre en su subjetividad.

En la última parte del libro, el autor reflexiona sobre el proceso que llevó a la Iglesia a pasar de un esquema de “Cristiandad” o de “alianza del trono y del altar”, a la construcción de una auténtica Modernidad cristiana, anunciada por primera vez de modo solemne en el Concilio Vaticano II: “Entendida en el segundo sentido —como afirmación de la autonomía relativa de lo temporal—, la secularización ha consistido fundamentalmente en un proceso interno de la Iglesia, que llevó a la desclericalización de la visión cristiana del mundo e hizo posible el diálogo entre Iglesia y sociedad, diálogo que debe ser cada vez más incisivo si desea ponerse al

servicio de una nueva evangelización” (416).

Dentro del proceso de construcción de la Modernidad cristiana, Fazio otorga especial atención al pensamiento de Juan Pablo II. Destaca, entre otros temas, su visión sobre la democracia liberal, de la que afirma que en nada se opone a una visión trascendente del hombre. Por el contrario, realza los logros de esta forma política y afirma que una recta visión de este régimen ayuda a entender la autonomía relativa de lo temporal: en efecto, el orden civil tiene como misión ordenar la convivencia social, y los métodos de la democracia liberal —reconocimiento de los derechos humanos, garantías frente a la arbitrariedad del Estado, apertura a la participación ciudadana— abren la puerta a una mejor comprensión de la dignidad intrínseca de todo ser humano. Esta forma política permite y valora la existencia del hecho religioso que puede desarrollarse en libertad dentro de este régimen. Es rechazada, por tanto, la pretendida relación necesaria entre democracia y agnosticismo que pretenden los secularismos radicales.

En suma, estamos ante un valioso manual, que tiene como principal mérito la inserción —dentro de la petipeca de la Modernidad— de la cuestión de la relación Iglesia-

mundo moderno. En efecto, el conocimiento del proceso que, partiendo desde la Cristiandad medieval desembocaría en la afirmación de la autonomía relativa de las realidades temporales y de la libertad religiosa en el Concilio

Vaticano II, puede dar pistas para la solución de acuciantes problemas actuales como son el papel de la religión en una sociedad pluralista, o el del diálogo inter-cultural e inter-religioso. ❀